

ANDRÉS FELIPE SOLANO

Corea: apuntes desde la cuerda floja

Edición a cargo de Leila Guerriero

 Planeta

ÍNDICE

<i>Nota Preliminar</i>	9
Invierno	15
Primavera	67
Verano	119
Otoño	167

NOTA PRELIMINAR

En el año 2008, el escritor y periodista Andrés Felipe Solano, colombiano de nacimiento, viajó a Seúl, la capital de Corea del Sur, para hacer una residencia literaria de seis meses. Allí conoció a Soojeong –su nombre occidental es Cecilia–, una muchacha que había estudiado música tradicional coreana en la Universidad Nacional de Seúl y que era coordinadora de la organización.

Pasaron juntos un mes, el último de la estadía de Solano en Corea. Ambos creyeron que la relación no pasaría de un *affaire*, pero cuando él regresó a Colombia siguieron en contacto. Poco tiempo después, Cecilia le comentó sus planes de ir a México a estudiar español y él dijo: “¿Por qué no vienes a Colombia, estudias aquí y vives conmigo?”. Ella aceptó. No había transcurrido un mes de su llegada cuando Solano contrajo hepatitis y, poco más tarde, la contagió. Estuvieron medio año encerrados, sin poder tomar alcohol y en estado de convalecencia. Quizás por haber atravesado airoso la dificultad, pensaron que la mejor manera de superar el costoso trámite de renovación de la visa de Cecilia –que debían gestionar cada

tres meses— era casarse. Lo hicieron con una ceremonia doble, primero en Colombia, en 2009, y luego en Busan, Corea, la ciudad portuaria donde vive la familia de ella, en 2010 y con una ceremonia tradicional en una escuela confucianista.

Después de una breve estadía en Salamanca, España, donde Cecilia hizo un master en Estudios de Asia Oriental con el fin de elevar su dominio del español a un nivel académico, las opciones eran dos: regresar a Colombia o regresar a Corea. Él no tenía empleo fijo y la idea de vivir en Bogotá como periodista free lance le resultaba insoportable. Pensó que, desde Corea, podría escribir artículos para varios medios y con mayor frecuencia, además de que el Instituto de Traducción Literaria de ese país, para el que trabajaba revisando manuscritos desde 2008, le encargaba cada vez más cosas. Así, en 2012, con las mismas cuatro maletas que habían llevado a Salamanca, desembarcaron en Busan, en casa de los padres de Cecilia. Vivieron allí seis meses, hasta que pudieron mudarse a un pequeño departamento en el barrio de Itaewon, en Seúl, donde un día del invierno del año 2013 Andrés Felipe Solano empezó a escribir este libro que da cuenta de sus trabajos y sus días en ese país lejano en el que, por ahora, vive.

Leila Guerriero

AGRADECIMIENTOS

Leila Guerriero, Matías Rivas, señor Ko, Yoon Sunmy, John Eperjesi, Kim Jina, Hwang, David Choi, Son Kyong-ho, Park Minhee, Youngji Oh, Park Taeyoung, Lee Dae Ok, Golmok, Strange Fruit.

Y a Cecilia Soojeong Yi.

INVIERNO

El bus salió a las siete de la mañana del terminal de Busan. Sentí que nos deslizábamos por la autopista de Gyeongbu como un brochazo de pintura sobre una pared blanca. La carretera apenas si tiene curvas. Habíamos hecho el trayecto un par de veces en KTX, el tren rápido que atraviesa Corea del Sur, pero desde ahora la idea es ahorrar hasta el último centavo mientras conseguimos trabajo. Fueron cinco horas de trayecto hasta Seúl, con una parada de quince minutos. En uno de los puestos de comida, Cecilia pidió una orden de jumokbap. Le he tomado el gusto a esas bolitas de arroz recubiertas por una capa de algas, con un corazón hecho de atún y mayonesa. La primera vez que las comí, mi mujer me contó que el jumokbap era un alimento común en los campos de refugiados después de la guerra de Corea. Comida fácil y rápida de preparar, quizás porque en aquel entonces la receta era solo una bola de arroz y sal. Pero yo quería algo grasoso para espantar el frío del invierno, así que elegí la versión local de un perrito caliente: una salchicha atravesada por un largo palillo y envuelta en una esponjosa masa de maíz. Al tiempo que le daba el primer mordisco a mi perrito caliente vi en una

pantalla la temperatura. Fue como escuchar una sentencia en un tribunal. Estábamos a 15 grados bajo cero.

Llevaba puesto mi uniforme para esta batalla silenciosa contra el frío. Gorro de lana, dos pares de medias, botas de caña alta, saco, abrigo y, como si fuera poco, una camiseta interior hecha de una tela especial, regalo de mi suegra. Es brillante, se pega al cuerpo como si fuera una prenda interior femenina. Lo importante es que cumple su cometido a la perfección. El problema eran las piernas, sobre las que sentí por momentos horribles dentelladas. Nunca me ha mordido un perro pero asumo que la sensación debe ser parecida. Mientras fumaba después de acabar mi salchicha, recordé lo que me contó un veterano de la guerra de Corea, una historia sobre la que escribí alguna vez. Fue hace unos cinco años, durante mi primera temporada en este país. El sargento Yu me estaba esperando al final de uno de los tantos callejones del distrito de Eul Ji-ro, la zona de Seúl donde se consiguen baldosas, tubos, espejos, todo lo necesario para remodelar un apartamento. Llevaba una gorra con un escudo de su regimiento, un cinturón con una chapa conmemorativa y una tira de cuero azul al cuello que hacía las veces de corbata. En ese entonces lo contacté a través de la asociación que depende del Ministerio para Veteranos, una organización gubernamental dedicada a los asuntos de los ex-combatientes. Quería cerrar un círculo, hablar con un coreano que hubiera estado más de sesenta años atrás en el mismo terreno lleno de nieve por el que había caminado el cabo Danilo Ortiz, un veterano que conocí hace una década. Ortiz hizo parte del contingente que envió en 1951 el gobierno colombiano a

pelear en la guerra de Corea. Pasó la mitad de los tres años que duró el enfrentamiento con un radioteléfono al hombro y el resto del tiempo en un campo de prisioneros administrado por los chinos. Recuerdo que tenía un tigre de color azul tatuado en el antebrazo y una timidez algo sombría. Esta mañana en la estación, con el frío atacando por oleadas, pensé otra vez que Yu y Ortiz compartían muchas cosas. Ambos habían nacido en pueblos pequeños y habían llegado al ejército muy jóvenes, después de terminar el colegio. La pobreza los había arrastrado a las filas. Ambos habían formado parte de un escuadrón de comunicaciones. Yu había perdido en la guerra de Corea la falange superior de su índice izquierdo y Ortiz el ojo derecho. Al final de la contienda, el sargento Yu había estado a punto de quedarse sin los dedos de los pies, congelados por un frío de 15 grados bajo cero, pero una prisionera norcoreana, que pasó una noche entera con ellos entre sus manos, se los salvó.

La tarde que entrevisté al cabo Ortiz me regaló una foto de su escuadra, conocida entre todos los veteranos de la guerra de Corea como Los Tigres. Lleva diez años conmigo. A menudo imagino el momento en que fue tomada, poco antes de que los mandaran al frente de batalla. En el retrato se ve a aquel grupo de soldados colombianos acompañados por varias muchachas coreanas en un burdel de Busan, frente a dos mesas llenas de cerveza. Ortiz está en primer plano. Rodea con el brazo el cuerpo de su compañera, una mujer menuda con la boca pintada y un vestido de motivos geométricos. Todos sonríen como si estuvieran en un paseo, como si uno de ellos se acabara de

casar y estuvieran celebrando. Tengo la foto en la maleta, espero colgarla pronto en mi estudio.

Caminé un poco mientras Cecilia estaba en el baño. Todo lo cubría la nieve. Hasta las máquinas expendedoras de gaseosas estaban coronadas por una gruesa capa blanca. Me quedé mirando a un grupo de personas. Supuse que irían a esquiar. Tenían equipos sofisticados, ropa térmica, complicados gorros. Una mujer parecía vestir una bolsa de dormir en forma de overol. La envidié profundamente. Moví los dedos de mis pies. Estaban bien. Cecilia regresó y nos subimos al bus. Por la ventanilla pasaron túneles de varios kilómetros, pueblitos blancos, cerros sin vegetación, árboles esqueléticos, lagos congelados. Pensé en que quizás exista una novela coreana que haga las veces de *País de nieve*, de Yasunari Kawabata. Un libro donde quepa toda la blancura de este mundo al que he venido a dar. Volteé a preguntarle a mi mujer pero estaba dormida.

*

Llegamos a mediodía a la estación de buses de Seúl. Tomamos un taxi que olía a una larga noche de alcohol y cigarrillos. El conductor, un hombre que seguramente sufría de un dolor de cabeza apocalíptico, nos dejó en una esquina de Itaewon, nuestro nuevo barrio. Caminamos cincuenta metros por una pequeña pendiente, entre los restos de una tormenta. Vimos montañas de nieve sucia apiladas en las esquinas, viejos trabajando con palas, un letrero de la municipalidad, en coreano, inglés y árabe, sobre el correcto reciclaje de las basuras: las primeras señales de

una nueva vida. Dejamos las maletas frente a la puerta de nuestro apartamento, en el segundo piso de una casa muy grande, una especie de antigua mansión que ha sido dividida para que la ocupen varias familias. Todavía me parece increíble que hayamos podido dejar las maletas a la vista de todos mientras íbamos a recoger las llaves a la inmobiliaria a unas diez cuadras.

En la oficina firmamos algunos documentos y pagamos el primer mes de arriendo. Tuvimos la suerte de que la dueña nos rebajara el dinero del depósito. De otra manera, no habríamos podido mudarnos a un apartamento de tres habitaciones en el centro de la ciudad. En esta zona de Seúl viven muchos extranjeros y las cosas son un poco más flexibles. En otro barrio hubiéramos tenido que dejar un depósito de diez o incluso de veinte mil dólares. Aquí pagamos solo cinco mil. Pero hay lugares en los que se debe dejar un depósito de 200 mil dólares para poder mudarse.

*

Antes de que se vaya el sol subo al techo de la casona a fumar. Tenemos una terraza gigantesca que será nuestra alegría cuando llegue el verano. Si todo va bien podremos comprar un asador, un par de sillas de plástico, plantas. La vista me emociona. El departamento está justo en la mitad de Seúl. Tenemos la torre de Namsan a nuestras espaldas y a la izquierda se alcanza a ver el minarete de la mezquita más grande de Corea. Al frente se ve un entramado de techos de diferentes formas y tamaños y a la derecha una colina donde está parte de la base militar de Yongsan. Los

gringos están en ese mismo lugar desde el fin de la Guerra, y no hay señales de que se vayan a ir a pesar de que todos los años los periódicos anuncian la retirada. La primera vez que vi el letrero que está en varios de sus muros me deprimí: U.S. Government Property. No trespassing. El área que ocupa la base es tan grande como el Central Park de Nueva York. Un hoyo negro en mitad de Seúl.

*

Tenían niños. Los anteriores inquilinos tenían niños. Asumo que eran pequeños. La tapa del inodoro que dejaron con sus dibujos descoloridos de cohetes y planetas así lo indica. Nosotros no tenemos nada, ni siquiera una cama, mucho menos nevera, un sofá o un escritorio. Nuestra vida está empacada en cuatro maletas. Aun así, somos felices y no tenemos miedo. Quién sabe cuánto nos dure la fortaleza. La primera noche la pasamos sobre el piso, con los abrigos como almohadas. El piso está tibio gracias al sistema coreano para calentar las casas. Lo primero que sube de temperatura es el suelo. Mañana compraremos un colchón.

*

Primer golpe de suerte. Llevamos apenas tres días en Seúl y mi mujer ha conseguido un puesto como profesora de coreano en una academia. Enterramos con rapidez nerviosa nuestros meses en casa de sus padres, en el puerto de Busan, ese tiempo donde nuestra vida estuvo suspendida,

empacada al vacío hasta nueva orden. Fueron días en que frecuentábamos una playa llena de marineros rusos o íbamos al estadio de béisbol para mantener a raya el pánico de ser dos treintañeros casados sin un lugar al que llamar propio.

Lo mejor de todo es que el nuevo trabajo de Cecilia está a solo quince minutos en bus de casa. No es lo que ella tenía en mente pero no tenemos opción. Ahora podremos disponer de nuestros ahorros sin temor. Pedimos un par de sillas por internet y una mesa. Ya no comeremos con los platos sobre el regazo.

En la tarde compramos una nevera, lavadora y electrodomésticos para la cocina. Decidimos cenar afuera para celebrar. Vamos a un restaurante de carne a la parrilla al estilo coreano. Hundimos los trocitos de cerdo en una salsa espesa y los envolvemos en hojas de ajonjolí antes de llevarlos a la boca. Pedimos cerveza. Nos antojamos de soju, una botellita de aguardiente de arroz para calentarnos, para brindar por un futuro que se nos resistía hasta hace apenas unas semanas. Regresamos a casa un poco borrachos. Antes de llegar, vemos a unos cuantos soldados gringos que hablan ruidosamente en una esquina. Mi mujer me contó que hace unos años el barrio era temido por las peleas que se armaban entre los soldados borrachos que estaban de permiso. Antes se arremolinaban en Hooker Hill, una calle empinada a pocas cuadras de nuestro apartamento. Hubo un gran escándalo cuando un auto oficial del ejército norteamericano que salía de la base arrolló a una niña. Los coreanos exigieron que la guarnición se fuera de la ciudad. Lo que pasa dentro de la base militar de Yongsan es todo un secreto, incluso

desde antes de que los gringos se instalaran. Antes de la guerra de Corea, allí estaban los cuarteles generales del ejército japonés. Todavía existen construcciones del tiempo en que Japón se anexó a Corea después de la guerra ruso-japonesa a principios del siglo xx.

Itaewon, donde decidimos comenzar nuestra vida compartida en Seúl, ha sido desde siempre el punto de encuentro entre extranjeros y locales. Es una buena idea haber esperado a conseguir un sitio donde se cruzan todos los caminos. Por sus callejones intrincados se ven a diario profesores de inglés de diversas pelambres, grupos de musulmanes, familias coreanas envejecidas y matrimonios mixtos como el nuestro. Hay sastres a la medida y diminutas zapaterías como Bob, que ofrece piezas en piel de “tiburón, avestruz, cocodrilo, anguila y lagarto”. Hay comida china al estilo neoyorkino, cervecerías japonesas, viejos restaurantes familiares especializados en uno o dos platos coreanos, como patitas de cerdo o fideos de alforfón, palabra que desconocía por completo antes de venir aquí. En Itaewon hay hoteles cinco estrellas, casas con una sola ventana y muchas villas. Así se les llama a las construcciones como la nuestra. Están hechas de ladrillos oscuros y tienen portones de hierro: ciervos grabados en un bosque o tigres sobre un peñasco. El rock coreano nació en estas calles. La moda coreana nació en estas calles. Podríamos haber conseguido un apartamento en un suburbio inmaculado, a una hora en metro del centro, con muebles y servicios incluidos, pero caminaríamos por esquinas sin intestinos, sin corazón.

*

Desde hace unos días Cecilia tiene una nueva rutina. Se va en la mañana y no regresa hasta las nueve de la noche. Son largas horas en silencio que me llevan a formas de ansiedad desconocidas. Las de hoy las controlé con tareas caseras. Entretuve al mono que habita en mi cabeza lavando sábanas, sacudiendo el polvo, barriendo las tres habitaciones con la concentración de un novicio en un templo zen. Después, comencé *Un poco de nostalgia* de Wilhem Genazino, un escritor alemán que nunca había oído mencionar. Al contrario de lo que podría haber apostado, mi ánimo no resbaló por una pendiente al empezar a leer la historia de Dieter Rotmund, un hombre de cuarenta años, un poco deprimido, con un matrimonio a la deriva. En el primer capítulo, a Rotmund se le cae la oreja en un bar durante un partido de fútbol de la Copa de Europa. La deja en el suelo y se va a su casa pensativo. No hay sangre, ni explicaciones, solo eso, la extrañeza de una oreja, la suya, en mitad de un piso lleno de servilletas, colillas y restos de comida.

*

En la tarde fui hasta un supermercado donde venden productos importados. Está en la misma calle que lleva a la gran mezquita. Vi pasar musulmanes del medio oriente y del sudeste de Asia. Caminé pensando en Rotmund, un héroe del día a día, alguien que se pregunta por el pasado, el presente y el futuro de la ensalada que se dispone a comer, un observador atento de la fenomenología de la vida cotidiana. Una vez en el mercado, compré couscous,

mermelada de mora, pasta de tomate y un sobrecito para hacer tikka masala de pollo. No le entendí el precio al cajero, un paquistaní. Creí oír 36 mil wones, así que le entregué cuatro billetes de diez mil y esperé las vueltas. A la salida revisé el tiquete de la compra y me di cuenta de que le había dado dinero de más. El total era de 26 mil. Me sentí como Rotmund. Pensé en la batalla que se avecinaba, en que debía mostrarme firme, en lo agotado o furioso que saldría si el hombre no estaba dispuesto a devolverme el dinero. El cajero me defraudó. Reconoció el error con una sonrisa pacífica y me pidió disculpas. Salí y me sentí extraño, perdido y sin saber qué hacer con la pequeña descarga de adrenalina que aún sentía en mis venas. Me costó aceptar que todo estaba bien, que el mundo podía funcionar.

*

El dinero se evapora con una rapidez escalofriante. Debo pensar en más artículos para proponer a revistas y periódicos en Latinoamérica. Ya escribí uno sobre mi relación con la comida coreana y otro sobre mi vida con mis suegros. Poco a poco tendré que ir saqueando mi propia vida para ofrecerla al mejor postor. Por fortuna, me siguen llegando pequeños trabajos del Instituto de Traducción Literaria de Corea (LTI Korea). Reviso traducciones al español de novelas coreanas. Hasta ahora no he leído ninguna que me emocione profundamente, todas parecen haber quedado estancadas en los años ochenta. Son de un realismo sofocante. Libros sobre los difíciles años de una dictadura que se extendió por casi cuatro décadas después